

SALVOS

SIN LUGAR A

DUDAS

**DISFRUTA LA SEGURIDAD
DE TU SALVACIÓN**

Libros de John MacArthur publicados por Portavoz

<i>¿A quién pertenece el dinero?</i>	<i>Piense conforme a la Biblia</i>
<i>El asesinato de Jesús</i>	<i>Los pilares del carácter cristiano</i>
<i>Avergonzados del evangelio</i>	<i>El plan del Señor para la Iglesia</i>
<i>La batalla por el comienzo</i>	<i>El poder de la integridad</i>
<i>Cómo obtener lo máximo de la Palabra de Dios</i>	<i>El poder de la Palabra y cómo estudiarla</i>
<i>Cómo ser padres cristianos exitosos</i>	<i>El poder del perdón</i>
<i>El corazón de la Biblia</i>	<i>El poder del sufrimiento</i>
<i>Distintos por diseño</i>	<i>¿Por qué un único camino?</i>
<i>La gloria del cielo</i>	<i>Porque el tiempo SÍ está cerca</i>
<i>Llaves del crecimiento espiritual</i>	<i>Salvos sin lugar a dudas</i>
<i>Nada más que la verdad</i>	<i>Sé el papá que tus hijos necesitan</i>
<i>Nuestro extraordinario Dios</i>	<i>La segunda venida</i>
<i>El Pastor silencioso</i>	<i>El único camino a la felicidad</i>
	<i>La verdad para hoy</i>

Comentario MacArthur del Nuevo Testamento

<i>Mateo (en preparación)</i>	<i>Gálatas, Efesios</i>
<i>Marcos (en preparación)</i>	<i>Filipenses, Colosenses y Filemón</i>
<i>Lucas (en preparación)</i>	<i>1 y 2 Tesalonicenses,</i>
<i>Juan</i>	<i>1 y 2 Timoteo, Tito</i>
<i>Hechos</i>	<i>Hebreos y Santiago</i>
<i>Romanos</i>	<i>1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan,</i>
<i>1 y 2 Corintios</i>	<i>Judas (en preparación)</i>
	<i>Apocalipsis</i>

SALVOS SIN LUGAR A DUDAS

DISFRUTA LA SEGURIDAD
DE TU SALVACIÓN

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Saved Without a Doubt* © 1992, 2011 por John MacArthur Jr. y publicado por David C. Cook, 4050 Lee Vance View, Colorado Springs, CO 80918. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Salvos sin lugar a dudas* © 2015 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nancy S. Fernández, utilizada con el permiso de Editorial Clie.
Revisión: Juan Terranova

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5607-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6403-4 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7934-2 (epub)

1 2 3 4 5 / 24 23 22 21 20 19 18 17 16 15

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

CONTENIDO

Reconocimientos	7
Introducción	9
Primera parte: ¿Es un asunto ya hecho?	
<i>Lo que la Biblia enseña sobre la naturaleza eterna de la salvación</i>	
1. Un trabajo colectivo	19
2. Esos versículos problemáticos	27
3. Los lazos que atan	45
4. La gloria inevitable	61
Segunda parte: ¿Es real?	
<i>¿Cómo puedes asegurar que eres un verdadero cristiano?</i>	
5. Once pruebas de un experto apostólico	75
Tercera parte: ¿Es algo que puedo sentir?	
<i>¿Cómo puedes experimentar la certeza de una salvación segura?</i>	
6. Tratar con la duda	107
7. Añadir virtud sobre virtud	127
8. Ganar la victoria	155
9. Perseverar en todo	167
Guía para el estudio personal y en grupo	183

RECONOCIMIENTOS

Gracias al equipo de *Grace to You*, que puso sus redactores expertos a nuestra disposición. Mi especial agradecimiento a Allacin Morimizu, quien organizó y revisó este libro de las transcripciones de los mensajes.

INTRODUCCIÓN

Como pastor, me resulta difícil pensar que tantos cristianos carezcan de la seguridad de su salvación. Les falta la confianza de que sus pecados han sido verdaderamente perdonados y que su lugar en los cielos está eternamente seguro. El dolor que siento a causa de este problema se ha visto aumentado al leer la siguiente carta:

He estado asistiendo a *Grace Church* durante muchos años. Al oír su predicación y ver mi falta de poder para resistir las tentaciones que surgen en mi corazón y me hacen sucumbir, mis crecientes dudas me han llevado a creer que no soy salvo.

¡Qué triste me resulta, John, no ser capaz de participar plenamente en la salvación, a causa del pecado que se pega a mi ser y del cual deseo verme libre! ¡Qué extraña es esta situación, para alguien que ha avanzado en el estudio de la Biblia y que enseña en la escuela dominical con una gran convicción de corazón! Muchas veces he decidido en mi corazón arrepentirme, quitarme los deseos de pecar y dejarlo todo por

amor al Señor Jesús. Lamentablemente, me he encontrado cometiendo nuevamente el pecado que no quería cometer y me he dado cuenta de que no había hecho el bien que hubiera querido hacer.

Después de que mi novia y yo rompiéramos nuestra relación, memoricé la epístola a los Efesios como parte de un supremo esfuerzo de mi voluntad contra el pecado, solo para encontrarme más débil, más dolorosamente consciente de mi pecaminosidad, más predispuesto a pecar que antes, y aferrándome a emociones banales para alejar de mí el dolor del amor perdido. Esto ocurre mayormente en el corazón, John, pero es allí donde tiene importancia y donde en realidad vivimos. Yo peco porque soy un pecador. Soy como un soldado sin armadura, corriendo a través del campo de batalla mientras soy atravesado por los fieros dardos del enemigo.

No podría dejar la iglesia aunque lo quisiera. Amo a la gente y estoy cautivado por el evangelio del hermoso Mesías. Pero soy un montón de estiércol sobre el suelo de mármol blanco de Cristo, un perro callejero que anda a hurtadillas por la puerta trasera del banquete del Rey para lamer las migajas del suelo, estar cerca de los cristianos que son ricos en las bendiciones de Cristo, y poder tomar así, algo de lo que a ellos les sobra. Por favor, ore por mí como mejor le parezca.

Recibí un verdadero impacto al ver la forma tan expresiva y conmovedora en que el autor de esta carta expresaba sus sentimientos, los cuales yo sabía que eran comunes en muchos cristianos sinceros. Sí, muchos.

Hace dos años, comencé a predicar unos mensajes basados en

la segunda epístola de Pedro. Fue un estudio dividido en ocho partes, sobre el tema de la seguridad de la salvación. Invariablemente, después de cada reunión, la gente venía a mí y me decía: «Hasta esta noche nunca había experimentado la seguridad de mi salvación». Me agradecían repetidamente por hablar del tema, y agradecían a Dios por la claridad de su Palabra sobre la seguridad.

Esta experiencia me hizo sumamente consciente de la necesidad que hay de un claro entendimiento sobre lo que dice la Biblia en cuanto a la seguridad eterna del creyente, especialmente sobre cómo se relaciona este tema con nuestras emociones. Me pregunto cómo una persona puede tomar ese gran paso que es la conversión, que cambia totalmente la vida, sin estar segura de sus resultados. Mi seguridad juega un papel esencial en la forma en que respondo a la vida como cristiano. No puedo imaginarme lo que sería vivir sin ella. Todo cristiano verdadero debería disfrutar de la realidad de su salvación. No tener esa seguridad equivale a vivir en la duda, el temor, y en una singular forma de miseria y depresión espiritual.

Una seguridad inmerecida

Ahora bien, hay personas que gozan de una seguridad a la cual no tienen derecho. Una antigua canción lo dice de esta forma sencilla y directa: «No todo el mundo que habla sobre el cielo, irá allí». Algunos piensan que todo está bien entre ellos y Dios, cuando en realidad no es así. No entienden la verdad sobre la salvación y su propia condición espiritual.

Muchas personas me preguntan por qué hablo y escribo tan frecuentemente sobre la salvación y el autoexamen espiritual. A menudo temen que mis argumentos debiliten la seguridad de los verdaderos cristianos. Por supuesto que no tengo ningún deseo de hacer eso, sino por el contrario, de mantener una perspectiva equilibrada sobre el asunto. Recuerdo lo que dijo el Señor Jesús:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mt. 7:21-23).

Este pasaje me obsesiona. Como ningún otro, me hace ver que mucha gente está engañada acerca de su salvación. Estoy seguro de que el apóstol Pablo se sentía de esa manera cuando le dijo a la iglesia en general: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos» (2 Co. 13:5).

¿Cómo adquiere la gente un falso sentido de seguridad? Recibiendo falsa información sobre la salvación. Mucho del evangelismo moderno que se predica en nuestros días contribuye a ello por medio de lo que yo llamo «seguridad silogística».

El silogismo tiene una premisa mayor y una menor que llevan a una conclusión. Consideremos Juan 1:12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». La premisa mayor es: Todo el que recibe a Jesús se convierte en hijo de Dios. La premisa menor es: La persona a la que se acaba de testificar ha recibido a Cristo. Conclusión: La persona debe ahora ser un hijo de Dios. Esto parece lógico, pero el problema es que no sabes si la premisa menor es real —o sea, si la persona verdaderamente ha recibido a Cristo—. Cuidado con asegurarle a la gente que su salvación está basada en una profesión que no ha sido probada. La verdadera seguridad es la recompensa de una fe probada (Stg. 1:2-4; 1 P. 1:6-9), y es el Espíritu Santo quien nos da la seguridad real (Ro. 8:16).

El consejero humano debe guardarse contra cualquier tendencia de usurpar ese papel.

Seguridad socavada

Algunas personas creen que nadie puede tener una verdadera seguridad —ni siquiera un verdadero cristiano—. Rechazan la soberanía de Dios en la salvación, destruyendo así las bases teológicas de la seguridad y confianza eternas. Este es el punto de vista arminiano (denominado así debido a un teólogo holandés). Ese punto de vista asegura que si un cristiano piensa que está seguro para siempre, es apto para convertirse en espiritualmente negligente.

Esta creencia es también la enseñanza oficial de la Iglesia católica romana. El Concilio de Trento declaró que es anatema decir «que un hombre que es nacido de nuevo y justificado está obligado (en cuanto a la fe) a creer que forma parte del número de los predestinados» (canon 15 sobre la justificación). La enseñanza católica moderna, como la del Concilio Vaticano II, sostiene dicha posición.

La obra de G. C. Berkhouwer, *The Conflict with Rome* [El conflicto con Roma], explica que la negativa de Roma sobre la seguridad de la salvación es consistente con su concepción sobre la naturaleza de la salvación.¹ Puesto que concibe la salvación como un esfuerzo conjunto de Dios y el hombre, algo que está sostenido por medio de las buenas obras, concluye que el creyente nunca puede estar absolutamente seguro de su salvación. ¿Por qué? Porque si mi salvación depende de Dios y de mí, yo puedo fallar.

Una teología que involucre el esfuerzo humano para la obtención o conservación de la salvación no puede infundir seguridad ni confianza, porque el ser humano es falible. Sin embargo, la teología bíblica histórica declara que la salvación es enteramente una obra de

1. G. C. Berkhouwer, *The Conflict with Rome* (Philadelphia: Presbyterian and Reformed, 1957), pp. 118-19.

Dios, que nos lleva a las concomitantes doctrinas de la confianza y la seguridad eterna.

El apóstol Juan dijo: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios» (1 Jn. 5:13). El profeta Isaías escribió: «Y el efecto de la justicia será la paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre» (Is. 32:17). Donde Dios concede la justicia, también añade la paz de la seguridad.

Seguridad completa

Es muy cierto que alguien puede ser salvo y dudar de ello. Uno puede ir al cielo en una nube, sin saber con seguridad que está yendo, pero ciertamente esa no es la forma para disfrutar del viaje.

Dios desea que disfrutes de este viaje. Primero, considera lo que la Biblia enseña acerca de la naturaleza duradera de la salvación. Si las Escrituras dijeran que es posible perder la salvación, no habría bases válidas para estar seguro de tu salvación. Vamos a examinar los textos bíblicos clásicos que afirman la calidad eterna de la salvación, pero no dejaremos de lado aquellos pasajes problemáticos que parecen indicar lo contrario. Luego exploraremos dos pasajes que ilustran magníficamente la seguridad de la salvación como un regalo de Dios, en línea con sus propósitos irrevocables. Todo esto constituye *el fundamento objetivo para la seguridad*. Hemos de estar seguros de nuestra salvación, primero y principalmente porque las Escrituras prometen la vida eterna a aquellos que creen en Cristo (Jn. 20:31). La Palabra de Dios y la garantía de vida para los creyentes es, pues, el fundamento de toda seguridad.

En segundo lugar, una vez que hemos establecido que la Biblia consistentemente afirma que la salvación es para siempre, necesitaremos trabajar de forma personal. Como dijo Pablo, necesitamos probarnos a nosotros mismos. La naturaleza eterna de la salvación

no significará nada para ti, a menos que seas un creyente genuino. ¿Cómo puedes afirmar si eres realmente un cristiano? ¿Cómo puedes saber si tu fe es real? El apóstol Juan escribió su primera carta para responder estas preguntas y nos da una serie de pruebas para medirnos a nosotros mismos. Estas pruebas ahondan dentro del terreno subjetivo de la seguridad. Su enfoque es el fruto de la justicia en la vida del creyente y el testimonio interno del Espíritu Santo. Observa que estos dos factores subjetivos tienen significado únicamente si están, en primer lugar, arraigados por la fe en la verdad objetiva de la Palabra de Dios. Sin embargo, son vitales para nuestra discusión, y haré énfasis en ellos en el resto del libro, porque la mayoría de las discusiones contemporáneas sobre la seguridad de la salvación se enfocan casi exclusivamente sobre las bases objetivas de la seguridad, minimizando o eliminando las bases subjetivas. Así se nos priva a muchos creyentes de una valiosa fuente de seguridad y, lo que es aún peor, se perpetúa el fenómeno trágico de la falsa seguridad.

En tercer lugar, al mirar más de cerca estas bases subjetivas, veremos lo que dice la Palabra de Dios sobre los creyentes que luchan emocionalmente con el tema de la seguridad, a pesar de conocer las promesas de las Escrituras. Tal vez seas uno de ellos: crees en la seguridad de la salvación y que tu fe en Cristo es genuina, pero estás plagado de sentimientos de inseguridad por no saber con certeza si irás al cielo. Para algunos de ustedes, esas ocasiones no son sino momentos fugaces, para otros, duran un período de tiempo más largo y, para otros, se convierten en una forma de vida. ¿Hay alguna manera de vencer esas dudas? ¿Cómo puedes hacer que tus sentimientos estén de acuerdo con tu fe? ¿Cómo puedes experimentar la seguridad de tu salvación?

Para empezar, diré que es de gran ayuda conocer las diferentes razones que pueden llevarnos a dudar de la salvación. Es así como comencé mi serie de mensajes sobre este tema, basados en 2 Pedro 1.

Es un examen honesto de aquellos puntos de vista donde la mayoría de nosotros estamos luchando. No queremos asumir que, por conocer los hechos, podemos experimentar la realidad. La seguridad de la salvación eterna será cada vez más real al entender y aplicar las virtudes que Pedro describe.

Después de examinarlas en detalle, concluiremos nuestro estudio analizando la victoria alentadora que tenemos en el Espíritu y la promesa de Dios para ayudarnos a perseverar.

Para proveernos de algunos «ganchos» de los cuales podamos colgar nuestros pensamientos, he decidido presentar tres preguntas para recordarte la dirección que lleva nuestro estudio:

- *¿Es un asunto ya hecho?* Lo que la Biblia enseña sobre la naturaleza eterna de la salvación.
- *¿Es algo real?* ¿Cómo puedes asegurar que eres un verdadero cristiano?
- *¿Es algo que podemos sentir?* ¿Cómo puedes experimentar la certeza de una salvación segura?

Ruego al Señor que, después de considerar cuidadosamente cada uno de estos puntos, derrame su gracia y su paz en abundancia sobre todos mis lectores (1 P. 1:2). No sigas viviendo con dudas acerca de tu salvación eterna. Antes bien, ¡vive con la bendita seguridad que Dios desea que todos sus hijos disfruten!

Primera parte

¿ES UN ASUNTO YA HECHO?

Lo que la Biblia enseña
sobre la naturaleza
eterna de la salvación

UN TRABAJO COLECTIVO

Con un brazo enganchado al otro, una profunda concentración, unidos en un propósito y cayendo a tierra a casi 160 kilómetros por hora, la formación de acróbatas del aire experimenta la emocionante recompensa no de la suerte, sino del trabajo duro, la preparación y el trabajo en equipo. Los peligros inherentes a la formación de la acrobacia aérea requieren que cada uno de los miembros trabaje en armonía con los demás. Cada individuo debe mirar por el bien del grupo y no meramente por su propio bienestar. Esta clase de dedicación capacita al equipo para alcanzar una unidad armoniosa.

En el terreno espiritual, no hay mejor ilustración de un trabajo de equipo que la obra de la Santísima Trinidad en asegurar nuestra salvación. Creo que las Escrituras dejan este asunto completamente claro. La Palabra de Dios pone de manifiesto nada menos que una obra colectiva del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a favor de nosotros.

El decreto soberano del Padre

«De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Jn. 5:24). Posiblemente, esta es la declaración más monumental que pueda encontrarse en la Biblia respecto a la seguridad de la salvación. El creyente ha recibido la vida eterna, y no estará expuesto a juicio o condenación. El Señor Jesús también explicó por qué el Padre había enviado al Hijo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna... El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado» (Jn. 3:16, 18). De una manera positiva, el Señor Jesús nos dice que tenemos vida eterna. De una manera negativa, afirma que nunca vendremos a juicio.

Además, el Señor Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí» (Jn. 6:37). Todos aquellos a quienes Dios escogió soberanamente vendrán a Cristo. Sin embargo, lo que la Biblia enseña en cuanto a la elección divina no debería refrenar a nadie respecto de venir a Cristo, porque nuestro Señor continuó diciendo en ese versículo: «y al que a mí viene, no le echo fuera».

Entonces el Señor Jesús dijo: «Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero» (vv. 38-39). Todos los que han sido escogidos para salvación —todos los que vienen a Jesucristo— serán resucitados en la gran resurrección que precede a su regreso a la tierra. Ninguno de ellos se perderá.

En el versículo 40, las enseñanzas de Jesús sobre el plan divino de salvación son resumidas de esta manera: «Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero».

Todo aquel que cree en Cristo será resucitado a la plenitud de la

vida eterna. Esta es la voluntad del Padre y la promesa de la Palabra de Dios.

Más adelante, en el Evangelio de Juan, el Señor Jesús dijo:

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn. 10:27-29).

Estos versículos describen al creyente descansando de manera segura en las manos de Cristo, las cuales a su vez están sujetadas fuertemente por las manos del Padre. ¡Esta sí que es una posición segura! Sin embargo, algunos sugieren que, mientras Dios nos sostiene en sus manos, tal vez nosotros podamos saltar o caer de ese asidero celestial. No es así. Dios hizo un juramento con respecto a este fin.

En Hebreos 6:13, 16-18, leemos que Dios «no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo... Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros».

En los tiempos del Nuevo Testamento, era común que una persona hiciera un juramento sobre algo o alguien más grande que él mismo. Un hombre judío podía jurar por el altar del templo, el sumo sacerdote, o incluso por Dios mismo. Una vez que dicho juramento era hecho, la discusión se acababa. Se asumía que si alguien quería hacer un juramento tan serio, estaba completamente determinado a mantenerlo.

Dios, por supuesto, no necesita hacer tal juramento. Su palabra es lo suficientemente veraz sin que medie ningún juramento, así como debería ser la nuestra (ver Mt. 5:33-37). Sin embargo, para acomodarse a la fe débil de los hombres, Dios hizo un juramento de su promesa para proporcionar a sus hijos una esperanza futura. Puesto que no hay nada ni nadie más grande que Dios, Él juró por sí mismo (He. 6:13). Este juramento no hizo que la promesa de Dios fuera más segura —la sola Palabra de Dios es suficiente garantía—, pero Dios hizo ese juramento por su amable consideración hacia nosotros, para afirmar que Él en realidad quería decir lo que dijo.

Su intención fue proveernos de un «fortísimo consuelo» (He. 6:18). La frase traducida del griego se refiere a una gran fuente de consolación y confianza. «...los que, buscando refugio» (Heb. 6:18 NVI) hace alusión a las ciudades del Antiguo Testamento que Dios había provisto para la gente que buscaba protección de sus vengadores por una muerte accidental (Nm. 35; Dt. 19; Jos. 20). La palabra griega que se traduce por «refugio» es la misma que se usa en la Septuaginta (la versión griega del Antiguo Testamento) en aquellos pasajes. Nunca sabremos si Dios puede sostenernos, hasta que corremos a Él desesperados en busca de refugio.

¿En qué manera práctica podemos correr a Él? Asiéndonos de la esperanza puesta delante de nosotros (v. 18). ¿Cuál es esa esperanza? Cristo mismo (1 Ti. 1:1), y el evangelio que Él trajo (Col. 1:5). Si has de tener una fuerte confianza y una firme esperanza, debes buscar refugio en Dios y abrazar al Señor Jesucristo, quien es tu única esperanza de salvación.

La obra sumo sacerdotal de Cristo

El pasaje de Hebreos 6:19-20, concluye con una descripción de nuestra esperanza en Cristo:

La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Como nuestro sumo sacerdote, Jesús es como el ancla de nuestras almas, quien evita para siempre que nos alejemos de Dios. Como creyente, tu relación con Cristo te ancla con Dios. Puedes estar confiado porque estás «dentro del velo» (v. 19). El lugar más sagrado en el templo judío era el Lugar Santísimo, el cual estaba velado del resto del templo. Dentro de este lugar, estaba el arca del pacto, que representaba la gloria de Dios. Solo una vez al año, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote de Israel podía entrar más allá del velo y hacer expiación —pago o acción para satisfacer a la justicia— por los pecados de su pueblo. Sin embargo, bajo el nuevo pacto, Cristo hizo el sacrificio supremo una vez y para siempre y por todos los hombres, por medio de su obra en la cruz. El alma del creyente está, en la mente de Dios, segura dentro del velo, su santuario eterno.

Cuando el Señor Jesús entró al Lugar Santísimo celestial, no se fue de allí, como los antiguos sacerdotes judíos, sino que «se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (1:3). Y Jesús permanecerá allí para siempre como el guardián de nuestras almas. Una seguridad absoluta como esta es casi incomprensible. No solo están nuestras almas ancladas dentro del impenetrable e inviolable santuario celestial, sino que, además, nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, ¡las guarda personalmente!

¿Cómo puede describirse la seguridad del creyente de otra manera que no sea eterna? Verdaderamente podemos confiar nuestras almas a Dios y al Salvador que Él ha provisto.

Mientras el Señor Jesús estaba en la tierra, anticipando su obra sumo sacerdotal que vendría, oró por sus discípulos, diciendo: «Y ya

no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros» (Jn. 17:11). El Señor Jesús extendió esa oración de protección, más allá de sus apóstoles hasta llegar a nosotros, quienes llegaríamos a creer en Cristo a través de las enseñanzas de los apóstoles (v. 20). Puesto que nuestro Salvador siempre ora en perfecta armonía con la voluntad del Padre, podemos estar seguros que mantener nuestra salvación segura es la voluntad de Dios.

Tenemos esa seguridad por el soberano propósito de Dios y la intercesión continua y fiel de nuestro gran sumo sacerdote, el Señor Jesucristo. Judas alaba al Señor porque puede guardarnos sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría (Jud. 24).

El sello del Espíritu

Solo la palabra de Dios acerca de nuestra seguridad debería ser más que suficiente para nosotros, pero, en su gracia, Él hace que sus promesas sean aún más seguras —si ello fuera posible— dándonos un conjunto especial de garantías. En Efesios 1:13-14, Pablo nos dice que fuimos sellados en Cristo «con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria». El Señor está garantizando sus promesas con su sello y su compromiso. Esto nos recuerda el pasaje que hemos examinado recientemente en Hebreos 6, en el cual Dios nos da su promesa de bendición y luego la confirma con un juramento a todos los que esperamos en Cristo.

Como no recibimos directa e inmediatamente todo lo que contienen las promesas de Dios cuando creímos —puesto que está «reservada en los cielos» para nosotros, de acuerdo a lo que dice 1 Pedro 1:4— a veces podemos ser tentados a dudar de nuestra salvación, y a preguntarnos dónde están las bendiciones definitivas que se supone

deben acompañarla. La obra de la salvación en nuestras vidas permanece incompleta; aún esperamos la redención de nuestros cuerpos (Ro. 8:23) que ocurrirá cuando Cristo regrese por nosotros. Puesto que todavía no hemos recibido la total posesión de nuestra herencia, podríamos cuestionar su realidad o, al menos, su grandeza.

Con el propósito de garantizarnos sus promesas, Dios nos sella con la presencia de la tercera persona de la Trinidad. Recibimos el Espíritu Santo en el momento de nuestra salvación, «porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo», el cuerpo o iglesia de Cristo (1 Co. 12:13). En efecto, «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Ro. 8:9). Efectivamente, el cuerpo de cada verdadero cristiano es realmente «templo del Espíritu Santo» (1 Co. 6:19).

Cuando una persona se convierte en cristiano, el Espíritu Santo hace morada en su vida, y permanece allí para llenarlo de poder, capacitarlo para el ministerio y obrar adecuadamente a través de los dones que le ha dado. El Espíritu Santo es nuestro ayudador y abogado. Él nos protege y nos anima, y también nos asegura nuestra herencia en Cristo Jesús: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Ro. 8:16-17). El Espíritu Santo es nuestra seguridad, nuestra especial garantía de parte de Dios.

Él nos ha sido dado como las «arras [gr. *arrabōn*] de nuestra herencia» (Ef. 1:14). *Arrabōn* se refiere originalmente a un anticipo o señal dado para asegurar una compra. Más tarde pasó a representar cualquier clase de promesa. Una forma de esa palabra ha llegado a ser usada para referirse al anillo de compromiso.

Como creyentes, tenemos el Espíritu Santo como el compromiso divino de nuestra herencia, el primer adelanto de Dios de su garantía de que un día serán cumplidas en nosotros la totalidad y plenitud de sus promesas. Se nos asegura esto con una absoluta certeza, la cual

solamente Dios puede proveer. El Espíritu Santo es la promesa irrevocable de la Iglesia, su anillo de compromiso divino que significa que, como la novia de Cristo, nunca será abandonada u olvidada.

El decreto soberano del Padre, el ministerio intercesor del Hijo y el sello del Espíritu obran todos juntos magníficamente para proveer-nos una salvación segura. Agustín dijo que estar seguros de nuestra salvación no es una arrogante presunción, sino una fe pura y una sólida confianza en las promesas de Dios.